

## ACTO III.

### ESCENA PRIMERA.

La cárcel.

*Salen el DUQUE disfrazado de monje, CLAUDIO  
y el ALCAIDE.*

DUQUE. ¿Esperas, pues, perdon del conde Angel?

CLAUD. Otro remedio el infeliz no tiene

Que la esperanza sólo: vida espero,

Y preparado estoy para la muerte.

DUQUE. Piensa en morir tan sólo: vida ó muerte

Será más dulce así. Habla á tu vida,

Y dile: si te pierdo, pierdo cosa

Que sólo estiman necios. Eres soplo,

En quien influye todo etéreo cambio

Que sin cesar aflige la morada

Do alientas tú. Juguete de la muerte,

Intentas evitarla con la fuga,

Y siempre hácia ella corres. No eres noble,

Pues lo agradable que tu seno encierra,

Bajeza lo engendró. No eres valiente,

Pues te amedrenta el breve, blando pico

De un pobre insecto. Tu mejor descanso

Es el dormir, que con frecuencia buscas,

Y temes á la muerte, que es un sueño.



*Sale ISABEL.*

ISAB. Quisiera una palabra ó dos con Claudio.

ALC. Congranplacer.—Hidalgo, vuestra hermana.

DUQUE. Alcaide, una palabra.

ALC. Y mil, si os place.

DUQUE. (Aparte al Alcaide.)

Pónme do, sin ser visto, pueda oírles.

(Vánse el Duque y el Alcaide.)

CLAUD. ¿Qué alivio traes, hermana, qué consuelo?

ISAB. ¡Ay! grato como todos, sí, muy grato!

Teniendo asuntos con el cielo, el conde

Cual raudo embajador allá te envía,

Donde serás eterno residente.

Disponte, pues, al punto para el viaje;

Mañana es la partida.

CLAUD. ¿Y no hay remedio?

ISAB. Sólo uno, que al salvar una cabeza,

Un pecho partirá.

CLAUD. ¿Pero hay alguno?

ISAB. Sí tal: vivir aún puedes, pobre hermano.

Diabólica merced el juez abriga:

Con implorarla librarás tu vida;

Mas ¡ay! te engrillarás hasta la muerte.

CLAUD. ¿Prision perpetua?

ISAB. Sí, prision perpetua;

Terrible sujecion á atroz martirio,

Aun cuando fuera tuyo el universo

De un cabo al otro.

CLAUD. ¿Mas de qué manera?

ISAB. De modo tal, que si consientes, Claudio,

Sin honra dejarás tu noble tronco,

Y de virtud desnudo.

CLAUD. ¿Qué es? sepamos.

ISAB. Claudio, te tiemblo, y temo que quisieres

Tu vida dilatar febril é incierta,

Y más aprecies seis ó siete inviernos

Que una honra eterna. ¿Osas morir? Se funda

En aprension el miedo de la muerte;  
Y el pobre insecto que tu planta pisa,  
Sufre en el cuerpo igual dolor que cuando  
Muere un gigante.

CLAUD. ¿A qué rubor causarme?  
¿Crees tú que puedo cosechar firmeza  
De blandas flores? Si morir me espera,  
A las tinieblas abriré los brazos,  
Y las estrecharé como á una novia.

ISAB. ¡Mi hermano habló! ¡la tumba de mi padre  
Un grito despidió! Morir te aguarda.  
Para comprartu vida con bajezas,  
Eres muy noble tú. Tu juez, tan santo,  
Al parecer, quien con su grave rostro,  
Y frase meditada, en flor agosta  
La juventud, y la locura espanta  
Como el nebí la garza, es, sin embargo,  
Un diablo, un diablo atroz; si vaciara  
El fango que hay en él, pareceria  
Un charco tan profundo como el Orco.

CLAUD. ¿Quién? ¿Angel? ¿Aquel santo?

ISAB. Es la artimaña  
Más negra del infierno el ir vistiendo  
Al más infame de hábito devoto.  
¿Qué te parece, Claudio? Si entregase  
Al pérfido mi honor, quedaras libre.

CLAUD. ¡Cielos! no puede ser.

ISAB. Por esa ofensa,  
Para ofender de nuevo te soltara.  
Esta noche es la cita, en que debiera  
Hacer lo que me causa horror nombrarte.

CLAUD. Nunca lo harás.

ISAB. Fuera mi vida sola,  
Y por salvarte la arrojara fácil  
Como una aguja.

CLAUD. Gracias, dulce hermana.

ISAB. Prepárate á morir mañana, Claudio.

CLAUD. Sí... ¡Conque abriga sentimientos tales

Que á hollar la ley le obligan cuando intenta  
Forzarla más? Sin duda no es pecado,  
O al ménos el menor de los mortales.

ISAB. ¿Cómo el menor?

CLAUD. Si condenable fuera,  
¿Cómo es posible que hombre tan sesudo  
Se condenara por tan breve goce?

¡Ay, Isabel!

ISAB. ¿Qué dices, caro hermano?

CLAUD. ¡La muerte es cosa horrible!

ISAB. Y cosa odiosa

Y aborrecible, sin honor, la vida.

CLAUD. ¡Mas ay! morir, ir no sabemos dónde:

Yacer en fria cárcel y podrirse:

Trocarse en césped esta ardiente, blanda

Vitalidad; bañarse en ígneos lagos

El alma deleitada; estremecerse

De recio hielo entre hórridos montones;

Encarcelada en vientos invisibles,

Con incesante furia ir azotada

Alrededor de la flotante esfera;

O estar peor aún que el peor de aquellos

Que el pensamiento anárquico é inseguro

Se pinta aullando. ¡Es por demas horrible!

La humana vida más cansada y negra

Que edad, dolor, pobreza y cautiverio

Al hombre pueden dar, es, comparada

Con lo que da la muerte, un paraíso.

ISAB. ¡Ay!

CLAUD. ¡Déjame vivir, hermana mía!

Cree que cualquier pecado que cometas,

Para salvar la vida de un hermano,

Lo borraré tan de raíz natura,

Que vendrá á ser virtud.

ISAB. ¡Oh torpe bruto!

¡Cobarde ruin! ¡oh pérfido sin honra!

¿Quieres que mi delito te haga hombre?

¿No fuera incesto recibir la vida



esperanzas engañosas, pues has de morir mañana. Póstrate de hinojos y estáte apercebido.

CLAUD. Deja que pida perdon á mi hermana; estoy tan desencantado de la vida, que seré capaz de rogar que me la quiten.

DUQUE. Mantente firme en ese propósito, y ten resolucion. ¡Adios! (Váse Claudio.) Alcaide una palabra.

*Sale el ALCAIDE.*

ALC. ¡Qué deseas, padre?

DUQUE. Que te vayas por donde viniste. Déjame un rato con esta doncella; mi intencion y mi hábito te responden de que no corre peligro alguno en mi compañía.

ALC. En buen hora. (Váse el Alcaide.)

DUQUE. La mano que te hizo bella, te hizo buena; la bondad, que sólo consiste en la belleza, no tarda en robar la belleza de su bondad; pero siendo la virtud celestial el alma de tu belleza, será parte á mantener el cuerpo de ella en eterna lozania. Por fortuna he sabido el ultraje que Angel te ha hecho; y si la flaqueza humana no ofreciera muchos ejemplos tales de liviandad, me asombraria la conducta de Angel. ¡Cómo harás para contentar al delegado y salvar al mismo tiempo á tu hermano?

ISAB. Voy á declararle al punto mi resolucion. Prefiero que muera mi hermano por la ley, á que nazca mi hijo ilegítimo. ¡Mas, ay! ¡cuánto se engaña el buen duque en Angel! Si vuelve alguna vez, y logro hablarle, no volveré á despegar mis labios, ó delataré el gobierno de Angel.

DUQUE. Harás bien en eso. Sin embargo, en el estado en que se halla actualmente este asunto, podrá evadir tu acusacion: dirá que no hizo más que poner tu virtud á prueba. Por lo tanto,

presta oído á mis consejos; á mi deseo de hacer bien se le presenta un remedio. Estoy convencido de que sin dejar de obrar con toda rectitud, puedes hacer un beneficio merecido á una jóven ultrajada; redimir tu hermano de la garra de la ley; y, sin mancillar en lo más mínimo tu acrisolada virtud, dar una satisfaccion grande al duque, si por ventura volviera alguna vez y tuviese noticia de este suceso.

ISAB. Dame más pormenores. Tengo alma para hacer cualquiera cosa que no parezca vil y torpe á los ojos de mi alma.

DUQUE. La virtud es osada, y nunca miedosa la bondad. ¿No oiste hablar alguna vez de Mariana, la hermana del valiente soldado Federico, que sucumbió en alta mar?

ISAB. He oido hablar de esa dama, y por cierto, en términos de encomio.

DUQUE. Hubiera debido casarse con este Angel, quien habia jurado ser su esposo, y el dia de la boda estaba ya fijado. Pero en el intervalo desde el dia de los esponsales hasta el de la boda, naufragó su hermano Federico, hundiéndose con su nave, en la que llevaba el dote de su hermana. Imagínate ahora el apuro en que esta desgracia hubo de hundir á la pobre doncella: perdió á un hermano noble y renombrado, cuyo cariño hácia ella se manifestó siempre en extremo afectuoso y fraternal; con él su herencia y el nervio de su fortuna, su dote matrimonial; perdió además á su prometido esposo, el tal Angel, tan virtuoso al parecer.

ISAB. ¿Es posible? ¿Dejóla Angel de esa suerte?

DUQUE. La dejó bañada en lágrimas, sin enjugarle una sóla con su compasion; quebrantó los sagrados votos que le habia hecho, pretextando que habia notado en su conducta ciertas señales de liviandad. En suma, la abandonó á su

dolor, al cual aún sigue entregada por causa suya; y él, hecho duro mármol, es bañado con sus lágrimas y no se ablanda.

ISAB. ¡Que meritoria accion seria la de la muerte si quitase del mundo á esa pobre doncella! ¡Qué perfidia la de esta vida que aún deja con vida á aquel hombre! ¡Pero en qué le podrá aprovechar este suceso?

DUQUE. Es una llaga que puedes fácilmente sanar, y cuya cura, no sólo salvará la vida de tu hermano, sino tambien tu honor, que ningun riesgo correrá si lo haces.

ISAB. Dime cómo, padre.

DUQUE. La doncella susodicha guarda aún vivo en su memoria el recuerdo de aquel primer afecto: el injusto desamor de Angel, que, segun era de esperar, hubiera debido extinguir su pasion, bien como impedimento que entorpece la corriente de un arroyo, la hizo más violenta y más indomable.—Vé tú á ver á Angel; cede á su pretension con aparente obediencia; otórgale la parte principal de su demanda, pero con la condicion de que tu cita con él ha de ser breve, que se verifique á una hora tranquila y oscura, y en cierto lugar á propósito para tal encuentro. Si consiente en ello, todo saldrá bien. Aconsejaremos á la doncella ultrajada que acuda en tu lugar; cuando se descubra luego la entrevista, podrá obligarle á recompensarla; y hé aqui cómo de esta manera queda salvo tu hermano, sin mancha tu honor, aventajada la pobre Mariana, y desenmascarada la perfidia del delegado. Yo sabré persuadir á la doncella y apercibirla para la entrevista. Si tu consientes en llevarlo á cabo, lo cual no te será difícil, el doble beneficio que redundará de este engaño, lo pondrá á salvo de cualquiera censura. ¿Qué te parece?

ISAB. El retrato que de él acabas de trazarme, me tranquiliza desde luego, y confío en que alcanzará felicísimo éxito.

DUQUE. Dependerá en gran parte de tu comportamiento. Acude sin tardanza á ver á Angel. Si solicita gozar de tus hechizos esta misma noche, promete satisfacer su deseo. Iré luego á San Lúcas, donde en solitaria granja vive la desdeñada Mariana. Vé á buscarme allí; y ponte de acuerdo con Angel, á fin de que todo quede resuelto cuanto ántes.

ISAB. Te doy las gracias por este consuelo. Dios te guarde, padre reverendo. (Váanse por distintos lados.)

## ESCENA II.

La calle delante de la cárcel.

*Salen por un lado el DUQUE, disfrazado como ántes, y por otro, COBO, con POMPEYO entre alguaciles.*

COBO. A fe mia, si esto no se remedia, y os empeñais en seguir comprando y vendiendo á hombres y mujeres, como si fueran bestias, todos tendrán que beber bastardo pardo y blanco (1).

DUQUE. ¡Cielos! ¡qué gente es ésta?

POM. Acabó la alegría en el mundo desde que, de dos usureros, dieron en suprimir el más alegre, y concedieron al peor, por orden de la justicia, un gaban de abrigo, por más señas, forrado por dentro con pieles de cordero, y por fuera con pieles de zorra, dando con esto á entender que la astucia, siendo más rica que la inocencia, siempre se queda encima.

---

(1) Alude, sin duda, á cierta clase de cerveza.

CODO. Méenos cháchara y más premura, tunante,  
—Dios os guarde, buen padre fraile.

DUQUE. Y á vos, buen hermano padre. ¿Qué ofensa te ha hecho este hombre, amigo?

CODO. Ha faltado á la ley, señor; y sospechamos además que sea ladron, pues hemos encontrado sobre su persona cierta ganzúa de hechura extraña, la cual hemos enviado al señor delegado.

DUQUE. ¡Un alcahuete vill! ¡oh torpe esclavo!

¡El crimen que fomentas con tu auxilio

Te da sustento ruin! Piensa tan sólo

Lo que eso significa: hartar el hambre,

Vestir el cuerpo con tan torpe vicio.

Habla contigo mismo, y di: mediante

Su aborrecible, su bestial comercio,

Me visto y calzo, me alimento y vivo.

¿Y crees acaso que tu vida hedionda

Vida llamarse puede? Vé, y enmienda.

POM. Es verdad que algunas veces hiede; sin embargo, padre, podría probaros...

DUQUE. Si el diablo tales pruebas te sugiere,

Le perteneces ya. Llévadle preso.

Pues para que se enmiende, necesita

Bestia tan torpe, exhortacion, castigo.

CODO. Tenemos que llevarle ante el delegado, padre, el cual le ha hecho ya una primera amonestacion. El delegado no puede sufrir esta canalla prostituida; y si resulta ser alcahuete, y se presenta delante del delegado, más le valiera estar á una legua de aquí.

DUQUE. ¡Fuéramos todos libres de pecado,

Ó fuera siempre el mal desembozado!

CODO. Pronto se parecerá su garganta á vuestra cintura, padre: llevará un cordel.

POM. Aún me quedan esperanzas de salvacion; ya tengo un fiador. Aquí se acerca cierto caballero amigo mio.

*Sale Lucio.*

LUCIO. ¿Qué es esto, noble Pompeyo? ¿Cómo! ¿un-  
cido al carro de César? ¿Te llevan en triunfo  
acaso? ¿Qué pasa? ¿Te se acabaron aquellas  
imágenes de Pygmalion, aquellas mujeres re-  
cien sacadas del horno, que no le costaban á  
uno más que meter la mano en el bolsillo y sa-  
carla cerrada? ¿Qué contestas, eh? ¿Cómo te  
agrada esta marcha, manera y método? ¿Te  
has ahogado en el último chubasco, dime?  
¿Qué me cuentas? ¿Es machorra? ¿Anda el  
mundo como solia andar, tunante? ¿En qué clave  
entonarás ahora el estribillo? ¿En alguna muy  
triste y en pocas palabras, ó como? Sepamos  
tus proyectos.

DUQUE. Siempre así, y así; siempre de mal en  
peor.

LUCIO. ¿Cómo se halla de salud y dinero mi adora-  
da prenda, tu ama? ¿Sigue zurciendo volunta-  
des, eh?

POM. Lo cierto es, hidalgo, que se le han volado  
las pájaras y se encuentra ella misma en la  
jaula.

LUCIO. Bien está; así procede; así debe ser. ¿Hemos  
de andar siempre entre rameras y terceras? La  
consecuencia era inevitable; así debe ser. ¿Te  
llevan á la cárcel, insigne Pompeyo?

POM. Sí, señor.

LUCIO. Sea en buen hora, Pompeyo. Adios. Di que  
yo te mando allí... ¿por deudas, Pompeyo, ó  
por qué?

COBO. Por alcahuete, por alcahuete.

LUCIO. A la cárcel con él; pues si la cárcel fuere el  
galardon debido á los de su oficio, bien se la  
merece; es lo que le corresponde. Pues no cabe  
duda de que es alcahuete; y de fecha antigua;  
es alcahuete nato. Adios, buen Pompeyo; en-

comiéndame á la cárcel, Pompeyo. Ahora te volverás buen marido, Pompeyo: no saldrás por la noche.

POM. Confío, hidalgo, en que vuesamerced saldrá fiador por mí.

LUCIO. Pues te engañas, Pompeyo: no sueño en hacerlo siquiera. Eso ya no está de moda. Pediré al cielo que prolongue tu cautiverio. Si pierdes la paciencia, revelarás que aún te quedan brios. Adios, insigne Pompeyo. — Dios te guarde, fraile.

DUQUE. Y á vos.

LUCIO. ¿Sigue acicalándose el rostro la Brígida, Pompeyo?

CODO. En marcha, bellaco; vamos.

POM. Es decir, que entónces no quereis salir fiador por mí, hidalgo.

LUCIO. Ni entónces, ni ahora, ni nunca, Pompeyo. — ¿Qué nuevas corren por ahí, fraile? ¿Qué se murmura?

CODO. En marcha, bellaco; vamos.

LUCIO. A la cárcel, Pompeyo. ¡Largo!

(Vánse Codo, Pompeyo y alguaciles.)

¿Qué nuevas hay del duque, fraile?

DUQUE. No sé nada. ¿Sabeis vos algo de él?

LUCIO. Unos dicen que está con el emperador de Rusia; otros que está en Roma. ¿Dónde piensas tú que esté?

DUQUE. No sé dónde; pero esté donde estuviere, deseo que esté bien.

LUCIO. Locura fantástica fué la suya; alejarse furtivamente del Estado, y usurpar una pobreza para la cual no ha nacido. Lo que es el conde Angel, bien señorea en su ausencia. Se ensaña con los adoradores de Venus.

DUQUE. Hace bien en eso.

LUCIO. Sin embargo, no le vendria mal tener alguna más blandura con la lujuria. Es muy riguroso en eso, buen fraile.

DUQUE. Es vicio muy generalizado, y es menester acabar con él á fuerza de severidad.

LUCIO. Sí por cierto, es vicio muy emparentado; tiene deudos distinguidos; y será casi imposible extirparlo del todo si ántes no se suprime el comer y el beber. Dicen que este Angel no nació de varon y hembra, ni vino al mundo por las vías ordinarias. ¿Crees tú que sea cierto eso?

DUQUE. ¿Pues cómo vino al mundo entónces?

LUCIO. Unos dicen que una sirena del mar le desovó; otros que fué engendrado por dos peje-palos. Pero es lo cierto que cuando hace agua, orina hielo congelado; y á mí me consta que eso es cierto.

DUQUE. Teneis humor alegre, hidalgo, y os que-reis divertir conmigo.

LUCIO. ¡Vaya una crueldad! ¡Quitar la vida á un pobre diablo porque se le sublevó la bragueta! ¿Haria esto el duque ausente? Antes que ahor-car á un hombre por haber engendrado á cien bastardos, hubiera sido capaz de mantener de su propio peculio á mil incluseros. Tambien solia tener sus jolgorios. Habia servido en las guerras, y eso le hacia ser más indulgente.

DUQUE. No oí nunca que se tuviese al duque por hombre muy dado á las mujeres: no era aficionado á eso.

LUCIO. Te equivocas, padre.

DUQUE. No es posible.

LUCIO. ¿Quién? ¿el duque? Y con una mendiga que frisara en los cincuenta. Solia echarle luego un ducado en la alcancia. Tenia sus conchas el tal duque. Tambien solia emborracharse, créemelo á fe de caballero.

DUQUE. Le estais injuriando, sin duda.

LUCIO. No tal, padre. Tuve mucha intimidad con él. ¡Buen pez estaba el tal duque! Y me parece que sé la causa de su alejamiento

DUQUE. ¿Y cuál pudo ser esa causa? ¿se puede saber?

LUCIO. Eso no; perdóname, padre. Es un secreto que debe guardarse entre dientes y labios. Pero esto te sé decir: que la mayor parte de sus súbditos le tenían por un sabio.

DUQUE. ¿Sabio? Y lo era, sin duda.

LUCIO. ¡Cál! era un mozo muy superficial, muy ignorante, y muy ligero de cascos.

DUQUE. Esto no puede ménos de ser en vos envidia, necedad, ó engaño; todos los actos de su vida, el modo con que supo gobernar el timon del Estado, darian más favorable testimonio de su conducta, si fuera menester. Que atestigüen de su carácter sus propios hechos, y aparecerá á los ojos de la misma envidia como sabio, hombre de Estado, y buen soldado. Por lo tanto, os digo que hablais sin reflexion; y si es más claro vuestro juicio de lo que aparenta ser, lo oscurece en gran manera vuestra malicia.

LUCIO. Le conozco, padre, y le quiero.

DUQUE. El cariño hablara con más conocimiento, y el conocimiento con más cariño.

LUCIO. Vamos, padre; yo sé lo que sé.

DUQUE. Apenas puedo creerlo, al ver que no sabeis lo que decís. Pero si tornase alguna vez el duque (como rogamos todos que suceda), os aconsejo que os disculpeis ante él. Si lo que decís es verdad, no os faltará valor para sostener vuestras palabras. Mi deber me obliga á delataros: y os ruego que me digais vuestro nombre.

LUCIO. Padre, me llamo Lucio, y bien me conoce el duque.

DUQUE. Os conocerá algo mejor, si vivo hasta darle noticias vuestras.

LUCIO. No te temo.

DUQUE. ¡Hola! esperais que el duque no tornará;

ó acaso me juzgais contrario muy inofensivo. Y por cierto, poco daño podré haceros, pues os desdiseis, sin duda, de cuanto acabais de proferir.

LUCIO. Me dejaré ahorcar ántes. No me conoces, padre. Pero basta de esto. ¿Puedes decirme, padre, si Claudio morirá mañana?

DUQUE. ¿Y por qué ha sido sentenciado?

LUCIO. ¿Por qué? Por haber llenado una botella con un embudo. ¡Ojalá vuelva pronto el duque! Este delegado impotente va á despoblar la provincia á fuerza de continencia. No consiente que los gorriones hagan sus nidos en el alero de su casa, porque dice que el gorrion es bicho lujurioso. El duque, en cambio, hubiera dejado oculto un crimen cometido á oscuras; no lo hubiera sacado nunca á luz. ¡Ojalá estuviera de vuelta! A fe mia, el pobre Claudio ha sido condenado por haber desatado un nudo. Dios te guarde, buen fraile: reza por mí, te ruego. En cuanto al duque, te lo repito: comia carne los viernes. Ya pasó de la edad, y sin embargo, te aseguro que arrullaria á una pordiosera, aunque apestara á pan de centeno y á ajos. Di tú que te lo he dicho yo. Adios. (Vase.)

DUQUE. Nunca el poder, ni en la más grande al-  
[tura,

Se libra, en esta vida, de censura:  
Calumnia por detras hiere taimada  
A la virtud más pura é inmaculada.  
¿Qué rey á sofocar fuera potente,  
La amarga hiel en lengua maldiciente?  
¿Mas quién se acerca?

*Salen ESCALO, el ALCAIDE, y la dueña PORDEMÁS  
entre alguaciles.*

ESC. ¡Venid! ¡á la cárcel con ella!

DUEÑA. ¡Señor, por Dios, tened piedad de mí!

Vuesamerced tiene fama de hombre compasivo.  
¡Piedad, mi buen señor!

Esc. Amonestada por segunda y tercera vez, y nada; vuelve á incurrir en la misma ofensa. Fuera bastanté á enfurecer á la misma clemencia, y á convertirla en tirana.

ALC. Sepa vuesamerced que es una alcahueta que lleva ya sus once años en el oficio.

DUEÑA. Es un falso testimonio, señor, que me ha levantado un tal Lucio. Tuvo un hijo de la Carriharta en tiempo del duque, y la dió palabra de casamiento: su hijo cumplirá año y medio por San Felipe y San Jacobo: yo misma se lo he mantenido, y mirad cómo trata de desacreditarme.

Esc. Ese es un mozo en extremo licencioso: mandad que le citen ante nuestra presencia. ¡A la cárcel con ella! ¡Marchad! no más palabras. (Vánse los alguaciles con la Dueña.) Alcaide, mi colega Angel no se deja ablandar. Claudio ha de morir mañana. Envíale un confesor, y que no le falte auxilio espiritual. Si obrara mi compañero con la piedad que á mí me anima, no le pasara esto al pobre Claudio.

ALC. Señor, ese fraile que veis allí, estuvo con él, y le ha preparado para su última hora.

Esc. Buenas tardes, padre.

DUQUE. Dicha y ventura te sigan.

Esc. ¿De dónde sois?

DUQUE. No de este suelo, do por breve tiempo

Me es fuerza detenerme. Soy hermano  
De una órden santa, y vengo de la Sede  
Con encargo especial del Padre Santo.

Esc. ¿Qué nuevas corren por el mundo?

DUQUE. Ninguna; como no sea la de que acosa á la rectitud una fiebre tan grande que ya no le queda más remedio que su propia disolucion. No se pregunta más que por lo nuevo; y es tan

peligroso envejecer en cualquier género de vida, como virtuoso el ser constante en cualquier empresa. Apenas existe lealtad suficiente para asegurar la existencia de la sociedad; pero todos andan tan sobrados de confianza, que casi llega uno á renegar del trato social. La sabiduría del mundo gira únicamente alrededor de tales enigmas. Estas son nuevas bastante añejas; y sin embargo, son nuevas de todos los dias. Decidme, hidalgo: ¿de qué condicion era vuestro duque?

Esc. De tal condicion, que parecia esforzarse más que en otra cosa alguna, en conocerse á sí mismo.

DUQUE. ¿A qué clase de diversion era más dado?

Esc. Se alegraba ántes de ver la alegría ajena, que de cualquiera cosa que hubiera podido alegrarle á él: era un caballero de gran templanza. Pero dejémosle allá con su destino, y roguemos á Dios por su bienestar; y decidme ahora cómo hallasteis á Claudio. Segun oí, le habeis prestado auxilio.

DUQUE. Reconoce que no es injusta la pena que le ha impuesto el juez, y se somete de buen grado al fallo de la justicia; sin embargo, su flaqueza le habia llevado á forjarse mil engañosas esperanzas de vida, que yo he logrado desvanecer con mis consejos; y está ya resuelto á morir.

Esc. Habeis cumplido con el santo ministerio que recibisteis del cielo, y con el deber que os impone el estado del preso. He trabajado en pró de ese pobre hidalgo hasta dónde me lo ha permitido mi modestia; pero hallé tan severo á mi compañero de justicia, que tuve que decirle que es en verdad la misma Justicia.

DUQUE. Si su propia vida corresponde á la severidad de su proceder, le estará bien; en cam-

bio si se aparta de ella, se ha sentenciado á sí mismo.

Esc. Voy á visitar al preso. Quedad con Dios.

DUQUE. Paz sea contigo.

(Vánse Escalo y el Alcaide.)

El que de Dios blandir osa el acero,  
 Debiera ser tan justo cual severo;  
 Ejemplo de virtud y de entereza,  
 Juzgar debiera con igual dureza  
 La falta propia y el pecado ajeno.  
 ¡Mal haya el hombre que, soltando el freno  
 A su pasión, castiga con la muerte  
 A aquel que peca de la misma suerte!  
 ¡Baldon al juez que en otro el vicio escarda,  
 Y deja que en su pecho crezca y arda!  
 ¡Oh cuánto vicio bajo austero manto  
 Tal vez esconde el que parece un santo!  
 ¡Cuán á menudo el fingimiento astuto  
 Engaña al mundo como torpe bruto;  
 Y le hace creer que la hebra de una araña  
 Le basta á remover una montaña!  
 A su malicia he de tender un lazo:  
 Con Angel esta noche en tierno abrazo,  
 Reposará su antigua desposada;  
 Al burlador castigue la burlada;  
 Vengue otro engaño aquel engaño crudo,  
 Y estreche el lazo antiguo un nuevo nudo. (Vase.)

---